

Pierre
Tripier

Estructura y evento en la sociología histórica de Andrew D. Abbott y en El arte de la guerra.

Ensayo comparativo

Fecha de recepción: 16/01/2012 • Fecha de aprobación: 15/03/2012

Resumen: La obra de Andrew Abbott está asociada al descubrimiento de al menos tres procesos estructurales, que conciernen a las profesiones, a las trayectorias laborales y a la evolución fractal de las declaraciones de las ciencias sociales. Esas estructuras se encuentran afectadas por la contingencia, por el hecho de que “el mundo es un mundo de eventos” que relativiza, construye y reconstruye dichos procesos. Para el arte de la guerra, el evento como expresión de la contingencia y el desarrollo de las teorías de manera fractal constituyen igualmente elementos centrales. Además, este arte comparte con Andrew Abbott la crítica a los defectos del pensamiento.

Abstract: The work of Andrew Abbott is associated to the discovery of at least three structural processes dealing with professions, academic trajectories and the fractal evolution of social sciences declarations. These structures often result modified by contingencies, by the fact that “the world is a world of events”, which puts into perspective, build and rebuild these processes. For the Art of the War, the event as an expression of the contingency and the fractal-like development of theories also constitute central elements. In addition, this art shares with Andrew Abbott the critic towards thinking flaws.

Résumé: Le travail d'Andrew Abbott est associé à la découverte d'au moins trois processus structurels qui traitent des professions, des trajectoires académiques, et de l'évolution fractale des déclarations des sciences sociales. Ces structures se trouvent modifiées par la contingence, par le fait de que le monde est un « monde d'effets » qui relativise, construit et reconstruit ces processus. Pour l'Art de la guerre, l'événement en tant que expression de la contingence et le développement des théories de manière fractale constituent également des éléments centraux. De plus, cet art partage avec Andrew Abbott la critique vers les défauts de la pensée.

[controversia sociológica, historia de las disciplinas, modelo fractal de oposición, arte de la guerra, peso del pasado, presente y porvenir, mundo de eventos, defectos del pensar]

Puede resultar extraño presentar una reflexión sobre El arte de la guerra en un artículo dedicado a Andrew Abbott conocido particularmente por su libro *The System of Professions*¹. Mi planteamiento proviene de una impresión en cierta medida confusa, de su obra sobre las profesiones, a la que añado “*Chaos of Discipline*” pero sobretudo por “*Time Matters*”. En Abbott, como en muchos otros sociólogos que, como Simmel o Park, estudian la competencia, el conflicto y los acuerdos, existe un análisis subyacente que se aproxima a aquellos análisis desarrollados desde hace 2500 años sobre el arte de la guerra y el arte de gobernar. El objetivo de este artículo consiste en mostrar la proximidad entre esta obra innovadora para la sociología y el arte de la guerra que se perpetúa desde hace siglos, al punto de que aun en la actualidad los autores modernos no dudan en referirse a Sun Tzu² o en invocar a Tucídides, su contemporáneo.

Puede resultar aún más extraño, por el hecho de que referirse al arte de la guerra implica al mismo tiempo hablar de aquellos que la realizan, y en particular de sus oficiales. Y justamente Abbott nunca ha querido estudiar a aquellos que poseen el monopolio administrativo, soberano de su actividad. Esto concierne a grupos –como los militares– que benefician al menos sobre el papel de un monopolio de la violencia legítima³. Efectivamente, si excluimos un pequeño apartado en *The System of Professions* en el cual el autor se refiere irónicamente a los mili-

* Traducido del francés por la Dra. María-Eugenia Longo

tares como aquellos que rehacen permanentemente teorías sobre lo que no ha funcionado en la guerra precedente, Abbott no se refiere nunca a este grupo profesional.

El planteamiento es entonces, en parte, subjetivo e instintivo. El mismo supone que se pueda establecer un paralelo entre el evento que se transforma en estructura, tal cual lo ven Abbott y algunos análisis de las guerras y de los comportamientos militares.

En primer lugar, partimos de la constatación de que Abbott describió tres tipos de procesos estructurales, a los cuales el autor aplica el principio de mutaciones accidentales, ya que, como el autor señala “el mundo es un mundo de eventos”. Estos procesos son: la competencia y el vínculo ecológico entre las profesiones (Abbott, 1998 y 2003), la sucesión fractal de las declaraciones de las ciencias humanas y sociales (Abbott, 2001a y 2004), y la organización de los itinerarios de una trayectoria laboral (Abbott, 2001b)⁴. Por su lado, el arte de la guerra, tal cual lo define Clausewitz “un duelo de gran amplitud en el cual cada adversario dicta la ley del otro” contiene en sí la sorpresa y la creación de eventos inesperados. Sorpresas, que este arte recomienda anticipar gracias a un principio primordial: “conoce al enemigo y concóctete a ti mismo, y en cien batallas no correrás nunca ningún peligro” (Sun Tzu, 1972, p. 120).

En segundo lugar, el arte de la guerra conoce, como nuestras ciencias, divisiones fractales y su renovación generacional: “Los comentaristas modernos de cuestiones militares utilizan los períodos de entre guerras para interpretar los errores del pasado y lanzar las bases de las nuevas tácticas dictadas por las últimas innovaciones tecnológicas. Durante el último siglo (XX) los escritos académicos sobre la guerra tuvieron una gran influencia, como lo demuestran las obras de Liddell Hart y Mahan⁵” (Abbott, 1988, p. 55).

La tercera razón para establecer un paralelo entre los enfoques de Abbott y los escritos sobre el arte de la guerra proviene del hecho de que ambos están preocupados por los defectos del pensamiento, y, sin que los segundos hagan referencia explícitamente a la sociología del conocimiento, la aplican dejando de lado particularmente los defectos antropológicos de la razón.

LA GUERRA COMO UN MUNDO DE ACONTECIMIENTOS

Abbott se basa en un replanteamiento de Mead (1929, 1932, 1938) sobre el vínculo entre el pasado, el presente y el futuro para tratar de pensar en el tiempo, tanto los fenómenos de estructuración diacrónica como de renovación de esas estructuras. Por estructuración diacrónica hacemos referencia a los descubrimientos y a las modelizaciones sobre el ciclo de vida de las profesiones (Abbott, 1988), a su análisis del carácter fractal y repetitivo de las oposiciones en el campo de las ciencias sociales, tanto en lo que respecta a los fundamentos epistemológicos como a las metodologías utilizadas (Abbott, 2001a y 2004) y también a la forma adoptada por las secuencias de carrera de la mayoría de los oficios y profesiones (2001b).

¿Cuál es el problema que Abbott, Whitehead y Mead tratan de resolver?

Carlo Ginzburg (2001, p. 153-154) nos recuerda que muchos autores constataron que la historia se escribe únicamente en tiempo presente. Él atribuye esta precaución metodológica aún a Cicerón o a San Agustín, quien pensaba que incluso Dios, aun considerado supuestamente inmutable, se adaptaría a la evolución de los seres humanos. Este punto será una preocupación central de G. H. Mead (1929, 1932, 1938) y de A. N. Whitehead (1929, 1933). A partir de L. von Ranke van a constatar que la historia se escribe únicamente en presente.

Para ellos, los descubrimientos de los historiadores se deben al hecho de que interrogan sus archivos con ojos renovados, los de la actual coyuntura en la que viven, de ahí el constante peligro de anacronismo que puede afectarlos. Sin embargo, el peligro no es menor si se aborda el presente como un producto de cadenas causales anteriores, si no se perciben las rupturas creadas por los acontecimientos, si se vive en un mundo eternamente estructurado, donde lo nuevo constituye únicamente una reproducción, donde, como dice Marx, la historia se repite una vez como tragedia y luego como farsa.

Un indicador del interés que Abbott dedica a este punto de vista es la cita reducida y dramática que realiza de Mead, en la medida en que retoma que “El mundo es un mundo de acontecimientos”. De hecho, la frase completa es: “Lo que caracteriza al presente es la manera en la que viene y cómo desaparece (*That which marks the present is its becoming and its disappearing*) (...) Para un discípulo de Parménides la realidad no existe, la existencia supone la no-existencia. La existencia debe ocupar su lugar, y el mundo es un mundo de acontecimientos” (Mead, 1932, p. 1).

La alusión a Parménides puede ser interpretada de diferentes maneras. Sin embargo, la lectura de Abbott de ese texto en el marco de la teoría del tiempo, refiere al párrafo 137a del texto de Platón: “Si uno es uno, no tiene partes. Si no tiene partes, no tiene ni principio, ni fin, ni medio”. En definitiva, el enfoque de la realidad del partisano del habitante de Elea está, como muchas otras estructuras, o como los temas de la física clásica, en un tiempo absoluto, así como en un espacio isomorfo. La frase de Mead parece solicitar interpretaciones que articulen el carácter repetitivo y estable de la estructura y la voluntad de basar la explicación de los fenómenos en la historia, más que en la física o en la fisiología, mediante la introducción del tiempo y con él la comprensión de lo existente. De este punto de vista se derivan dos modelos:

- Uno, que de Montaigne a Simmel, afirma que, si la gente cree que el estado actual del mundo es más complejo que el de nuestros antepasados, es porque no disponemos de los conceptos para volverlo inteligible. En ese caso se utilizaría lo que Simmel (1988) llama las “vasijas culturales” de manera inadecuada para captar lo que presenta el flujo torrencial de la historia. Trataríamos de perpetuar los esquemas que hacen inteligible el pasado para entender el presente.
- Más importante aún, tanto para Whitehead como para Mead, el futuro ya está en el presente, lo impregna:

El futuro es inmanente al presente, debido al hecho de que el presente lleva en su propia esencia las necesidades a las cuales el futuro deberá conformarse (...). El futuro (...) tiene una existencia objetiva en el presente (Whitehead, 1933, p. 253). No hay necesidad de recurrir a un pasado “verdadero” en el que hacemos descubrimientos constantes, debido a que el pasado debe ser confrontado con un presente en el cual lo que emerge tiene su lugar, y en ese caso, el pasado, confrontado a lo emergente, se convierte en otro pasado (Mead, 1932, p. 3).

Es necesario entonces, lógicamente, cuestionarse sobre el peso exorbitante del pasado en nuestras interpretaciones académicas:

Nuestra reconstrucción del pasado varía su alcance pero nunca es responsable de nuestros resultados. Estos se deben a nuevas formulaciones, al descubrimiento de evidencias ulteriores que permiten completar su formulación. En una palabra, el pasado no puede estar garantizado por una congruencia entre un pasado reconstruido y un pasado verdadero independiente de esta construcción (Mead, *Ibíd.*, p. 31).

Pero la debilidad de la racionalidad humana nos lleva a interpretar el futuro en términos del pasado:

El pasado (o las estructuras del pasado que tienen sentido) es tan hipotético como el futuro. (...) Incluso si se utiliza el espacio-tiempo absoluto y sus intervalos bien marcados que coinciden con los acontecimientos, nunca vamos a saber si lo que obtenemos no es sólo la mejor manera de medir una realidad cambiante que hemos congelado» (Mead, 1932, p. 12). «La dificultad que surge de inmediato es que tan pronto como lo emergente se nos presenta tratamos de demostrar que él, o al menos las condiciones que determinan su apariencia, pueden encontrarse en su pasado (...), pero esas condiciones no determinan por completo la naturaleza de lo que será (ibid., p. 14, 15).

Para Mead el presente debe ser concebido como un pasaje en el cual el peso del pasado juega un rol tan importante como el dinamismo del futuro. Pero el pasado es reconstruido a partir de nuestras subjetividades, de ahí su carácter a la vez irrefutable e hipotético. La posición de Abbott es menos radical, pero va en el mismo sentido, al menos en una primera etapa. Menos radical, ya que no cuestiona la validez de lo que descubre cuando traza la historia natural de las profesiones y cuando describe las condiciones estructurales de su conservación, tanto a través de acciones políticas como judiciales. Del mismo modo, cuando diagnostica las tres funciones necesarias para la supervivencia de una coalición de oficio: el uso de métodos específicos de procesamiento de la información, de diagnóstico y de inferencia de datos (Abbott, 1988).

Abbott abordará luego las regularidades sociológicas que descubre a través de comparaciones históricas. El capítulo “Cuestiones de fronteras” de *Time Matters* lo llevan a tratarlas de una manera individual, pero radical, fundando sus ideas en los desarrollos de Whitehead y de Mead. Volviendo al hecho de que al centrar su teoría en las luchas profesionales considera como evidente la existencia de las profesiones y de sus fronteras, Abbott hace hincapié en la necesidad de considerar que las fronteras preceden a las entidades que están separadas por medio de ellas. A diferencia de aquellos, como los funcionalistas o los defensores de la elección racional, que ven la relación entre las entidades y las fronteras como sincrónica y lógica, Abbott sugiere que examinemos lo que realmente sucede: un proceso en el cual gente distinta mira su barrio, decide luego separarse parcialmente definiéndose como otra entidad. “Las diferencias surgen de negociaciones locales (...). Esas interacciones ponen en marcha poco a poco la conciencia de propiedades diferentes entre los dos lados de la frontera así construida. Para mí, lo importante es que estas diferencias son locales e interaccionales. (...) Cualquiera que sea la parte, se trata de un acontecimiento instantáneo y único” (Ídem, p. 265-266). La sociología, y en especial la sociología de las profesiones, tendrían entonces por objeto los acontecimientos. Entre ellos, algunos desaparecen rápidamente, pero otros son extremadamente durables y pueden tener consecuencias y estructurarse para convertirse en rutinas, que se repiten luego con pocas variaciones.

Una ilustración dramática para Francia, desde un punto de vista militar, de esta tendencia a pensar en el presente en términos del pasado, es la que establece Paxton en su libro sobre el Ejército francés (Paxton, 1966). Los análisis estratégicos de los vencidos durante la guerra 1939-1940 estaban cargados de experiencias pasadas, que reducían considerablemente el campo de acciones y de decisiones posibles y conducían inevitablemente a posiciones muy frágiles y contradictorias, produciendo la colaboración: los recuerdos de la guerra de trincheras de 1914-1918 que incitó a llevar a las tropas hasta Holanda y proporcionó un blanco al ataque alemán, la opción por la neutralidad en la espera de que el tratado de paz fuera firmado con Alemania, lo cual suponía una caza de los “irregulares” que deseaban continuar combatiendo a los vencedores y el rechazo de todo compromiso con de Gaulle, visto como un agente de los

ingleses, de quienes se sospechaba querían apropiarse de “nuestras” colonias, como hicieron durante el segundo imperio.

De este modo, demasiado ligados a las determinaciones de un pasado que habían pensado como una estructura repetitiva, los jefes militares franceses no percibieron el “futuro que se revelaba en el presente”, ni el evento que constituía la acción de un general de brigada provisional: de Gaulte.

Actualmente el arte de la guerra dispone de varios activos que permiten pensar mejor el futuro contenido en el presente. Uno de ellos es el informe de experiencias, es decir la captación de parte de la Jerarquía del Ejército, de informaciones detalladas de los conflictos armados sobre todo el planeta, dando nacimiento a verdaderas comparaciones de las guerras del futuro. Dos obras ilustran esta tendencia, Desportes (2007) y Goya (2010).

Sus obras anuncian la aparición de nuevas estrategias, que podríamos denominar beduinas o nómadas, en las cuales el adversario débil tiene un poder importante de molestia, en una situación en la cual no puede aspirar a triunfar pero en la cual es difícil para el adversario fuerte destruirlo por completo.

Ese carácter beduino, nómada, está presente en las acciones de Al Qaïda. El ataque a las torres gemelas de Manhattan, finalmente estratégicamente funesto para sus iniciadores, obligó a la primera potencia mundial –que posee un presupuesto militar seis veces superior al de la nación que sigue en la lista de las inversiones militares más importantes– a lanzarse en una guerra contra un método de combate: el terrorismo. Esta guerra contra un concepto, que encierra a este país durante al menos una década en dos guerras difíciles de ganar, como la de Irak y la de Afganistán, muestra la incapacidad de la hiperpotencia para entrar en la lógica de razzia de los promotores de un ataque aéreo que se valió de medios hasta entonces inéditos, creando en consecuencia el evento.

Esta oposición entre visión guerrera nómada y visión sedentaria es sólo uno de las fractales que mantiene la polémica en el pensamiento militar. La misma ha sido ilustrada de manera brillante por los trabajos sobre los imperios nómadas (Chaliand, 1998) o por la oposición entre T.E. Lawrence y el General Stewart, el primero del lado nómada, con sus golpes de resplandor y sus abusos de autoridad, el segundo, pretendiendo en vano canalizar sus iniciativas para que su concepción del orden sedentario no fuera alterada (Lawrence, 1926).

La otra fractal, más profunda, consiste por un lado en considerar la acción en guerra, como dependiente del contexto, situada, tal cual ocurre en los enfoques sociolingüísticos, como Lucy Suchman (1987); y por el otro en pensar que se pueda extraer de los distintos actos belicosos una ciencia que tenga las mismas características que la física clásica (la guerra como mundo de acontecimientos o la guerra como mundo de leyes universales). Esto último significa aspirar a una ciencia que se exprese en un discurso universal, y por eso válido en todo tiempo y espacio, y que responda a los criterios estéticos impuestos desde la época de Galileo: la economía de la enunciación. Discurso universal con una tecnología constante, ya que admitiendo que las mutaciones en la potencia del fuego y en la movilidad de las tropas en tierra y en los barcos sobre el mar permanezcan constantes, la aparición de la aviación, de los misiles y de la amenaza atómica deberían ser tomadas en cuenta cada vez.

Esta segunda fractal tiene como héroes en un campo a Clausewitz y en el otro a Jomini. Clausewitz recoge de manera clara las características de la acción en un medio complejo:

En la guerra, todo es muy simple, pero la cosa más simple es difícil. Las dificultades se acumulan y arrastran una fricción que nadie se imagina correctamente si no ha visto la guerra (...). Durante una guerra, todo baja de nivel debido a innumerables contingencias secundarias que no pueden examinarse nunca de cerca sobre el papel. (...) Allí todo se compone de individuos, cada uno de los cuales, conserva su propia fricción bajo todos sus aspectos. (...) Esa fricción excesiva

(...) se encuentra además por todas partes en contacto con la casualidad y engendra entonces fenómenos imprevisibles (...) La acción en guerra es un movimiento que se efectúa en un medio empeorado por las dificultades (...) Por esta razón el verdadero teórico aparece como un profesor de natación que pide hacer sobre tierra firme los movimientos que es necesario realizar en el agua (Clausewitz, 1832a, pp. 129-133).

En resumen, Clausewitz indica que la estructura de toda acción, durante la guerra, se desarrolla dentro de una complejidad situada. Como lo indica un comentarista actual:

(para Clausewitz) pensar la guerra es pensar cómo se la lleva a traicionar sus conceptos. (...) En la panoplia de las formas lógicas que regulan el mundo de la acción (copiadas de aquellas que regulan el mundo del conocimiento), la más rigurosa de entre ellas, la "ley", se encuentra inaplicable a la conducta de la guerra, debido al cambio y a la variedad de los fenómenos encontrados: podría concernir solamente al "método", en el sentido no lógico, sino de una "probabilidad media de casos similares" (...). En este ámbito, ante el carácter singular y por lo tanto inédito que toma la acción militar en toda su amplitud, toda formalización que implicaría la repetición, constituye el peor peligro. (Jullien, 1997, pp. 21-22)

Una controversia póstuma opuso, después de su muerte, al General Jomini y al autor de *De la Guerra*:

"Clausewitz se muestra demasiado escéptico en realidad de la ciencia militar (...) yo mismo reconozco que hay pocas reglas absolutas para dar a los sujetos que la tratan" (los estrategas) pero "Clausewitz parecía aplicarse a minar las bases de esta ciencia". Jomini termina sobre su punto central: "De todas las teorías de la guerra, la única razonable es la que, fundada sobre el estudio de la historia militar, acepta una serie de principios reguladores, pero deja al ingenio natural la mayor parte de la conducta general de la guerra, sin conectarla a normas exclusivas" (Jomini, 1855, p. 10).

Una vez esos principios científicos enunciados, Jomini detalla aquello que un general en jefe debería hacer para triunfar: analizar la táctica de los grandes militares, concentrar el máximo de tropas sobre un punto, conducir al enemigo a este lugar, destruir al ejército enemigo, finalmente imponer la paz de manera ventajosa para él.

Jomini piensa de este modo el arte de la guerra como una función intelectual autónoma y descontextualizada. La misma encontraría siempre la misma solución más allá del período y del terreno. Lo que sin embargo le falta y da importancia al enfoque de Clausewitz (y de Sun Tsu o Maquiavelo) es la consideración de que la propia guerra se sitúa dentro de una interacción y que esta interacción está situada en espacios y tiempos precisos.

Además, en la interacción que constituye la batalla, otros factores como el valor, la moral y la voluntad son importantes sobre todo cuando la fricción torna los mejores planes inutilizables. En ese sentido no es posible pensar la batalla, y por lo tanto la guerra, sin considerar el estado de ánimo de los combatientes de cada campo de batalla. Para Clausewitz, la concepción individual (la vocación del soldado) de cada combatiente se encuentra en el centro del triunfo o de la derrota. Este autor transpone los preceptos morales del cristianismo protestante en el arte de la guerra. Sin embargo, no olvida que los soldados hacen suyas las decisiones de los soberanos solamente cuando la acción del Estado les resulta legítima (Clausewitz, 1832c, pp. 13-16).

¿Una controversia sin fin?

Como en el modelo fractal de Abbott y a pesar del carácter convincente de los argumentos de Clausewitz, la controversia entre una visión científico-técnica de la guerra y una visión basada en la experiencia, el aprovechamiento de la oportunidad, la contingencia y la habilidad del jefe en situación se perpetúa. La Guerra de la Secesión, en la cual el general del sur Lee había mostrado una gran habilidad táctica que no había servido para vencer al norte, más poblado e industrializado, daba razón a Jomini. Y sabemos que la intervención tardía, pero decisiva de los Estados Unidos en las dos guerras mundiales durante el siglo XX se produjo sobre un modelo estratégico que pone a la potencia industrial entre los factores principales de la victoria. Sin embargo las guerras de Vietnam y de Argelia inclinaban la balanza del lado de Clausewitz.

Pasando de los hechos a las teorías podemos oponer por un lado al general Beaufre, que enunció que “la estrategia total de la edad atómica barrió los conceptos estratégicos del Siglo XIX, en particular, los de la escuela clausewitziana (...) Esta nueva estrategia debe considerar los cambios introducidos por la aplicación de la potencia científica e industrial en la defensa de los Estados” (Beaufre, 1963, p. 41). Y por el otro a Foch quien en 1903 declaraba: “en la guerra hay solamente casos particulares, todo está constantemente en estado de modificación y de deformación” (Foch, 1903, p. 12) o aún “en la guerra, el hecho aventaja a la idea, la acción a la palabra, la ejecución a la teoría” (Idem, p. 10). En otros términos, es esperable que la guerra tenga una parte de acontecimientos inesperados, susceptibles de afrontarse favorablemente cuando la experiencia y el conocimiento son articulados. De allí la idea de que un oficial debe no solamente aprender a juzgar una situación en función de los múltiples parámetros que permiten singularizarla, sino también que es necesario del mismo modo, saber actuar en situación, habilidad que se adquiere por la combinación de ejercicios en tiempos de paz y de la prueba de fuego en tiempos de guerra.

COMBATIR LOS DEFECTOS DEL PENSAMIENTO

Si existe un contacto por establecer entre la literatura sobre el arte de la guerra y la preocupación de Abbott sobre las disciplinas científicas, el tiempo y los métodos de investigación (Abbott, 2001a, 2001b, 2004), no reside solamente en reflexionar sobre la contingencia sino también en evitar los defectos del pensamiento. De ahí su afirmación en el coloquio de 2011: “Se colocó toda mi obra bajo el signo de la sociología del conocimiento”.

Este campo de la sociología busca, por un lado, enraizar los razonamientos singulares dentro de contextos sociales particulares, según las diferentes dimensiones de espacio, tiempo e intereses; y por el otro combatir los defectos más inmemoriales, antropológicos del pensamiento. Esta cuestión es igualmente rica para el pensamiento militar, ya que sin esta vigilancia, puede poner en peligro la supervivencia de la nación.

Sin contar con la posibilidad de establecer una lista exhaustiva de defectos del pensamiento descubiertos a su vez por las ciencias sociales y por los pensadores de la estrategia, avanzaremos sobre algunos de ellos, como ejemplo:

Universalismo de sí

Uno de los aportes de Garfinkel a la sociología reside en el hecho de demostrar la existencia de una primera fuente de error. Esta última consiste en practicar en la vida común el “universalismo de sí”, es decir, en comprender el pensamiento de otro como una prolongación del pensamiento propio.

Para Garfinkel (1967) el almacenamiento de información del cual cada uno dispone para comprender el mundo es singular, particular a su familia, su comunidad, su generación. Como esta singularidad es compartida por el entorno, es posible creer en su generalización. Y en la comunicación con otro utilizarla como si ella fuera un bien común. Tomamos como moneda corriente, interpretamos como evidente, la comprensión del otro. Si este universalismo de sí no es contradicho, y en muchos casos las normas de convivencia lo prohíben, el malentendido se instala y con él los defectos de perspectiva.

Esta tentación puede ser colectiva: Jean Kellerhals (Kellerhals y Alii, 1997) ha mostrado de este modo que las personas con ingresos elevados y medios atribuyen el hecho de ganar bien sus vidas al mérito de su trabajo, mientras que aquellos que viven en la pobreza no establecen, en promedio, una relación entre mérito y ganancia, sino entre ganancia y necesidad. De ello resulta un malentendido en las políticas públicas y las relaciones contractuales: el contrato, que se basa en el acuerdo entre voluntades, no podría vincular, de hecho sino solamente en el derecho, interpretaciones tan diferentes de la relación entre esfuerzo y ganancia.

Desde hace tiempo, en el arte de la guerra, el universalismo de sí juega un rol. En las experiencias de las acciones armadas existen ejemplos de error de apreciación sobre el adversario, porque ha sido (inconscientemente) descrito como otro sí-mismo. El ejemplo más famoso sería el esfuerzo que hizo Napoleón de deponer al rey de España Fernando VII, presuponiendo que la proporción de la élite afrancesada y liberal que se parecía a sus compatriotas, expresaba la realidad de toda España. Massena y Marmont, sin hablar de Joseph Bonaparte comprobarán en su momento que los españoles no se parecían en nada a los franceses o a los italianos, como las mujeres de Zaragoza no tardarán en hacerlo saber al general Moncey, en el primer cargo de esta ciudad o al Mariscal Lannes que ocupaba el segundo.

Más cercano a nuestros tiempos, Michel Goya muestra, durante la guerra de 1914-1918 (Goya, 2004) la diferencia de percepción entre oficiales movidos por el espíritu de sacrificio y guiados por la doctrina de la ofensiva a toda costa, y los soldados cuyas convicciones morales estaban preocupadas más por la perpetuación familiar y patrimonial:

“esta mentalidad (del Estado mayor) tuvo como consecuencia concreta el desprecio de todo aquello que podía asegurar la protección del soldado (pechera en acero especial, casco de acero, escudo de protección para los sirvientes del cañón de 75...). Inútil es detenerse sobre la eficacia táctica de estos métodos. Los oficiales de guantes blancos fueron rápidamente capturados y muchos soldados no estuvieron lejos de congratularse” (Goya 2006, p. 166).

En su novela *La Marche de Radetzky*, Joseph Roth muestra que escenas parecidas se desarrollan en el mismo momento en el ejército de Austria-Hungría.

En los comienzos de la guerra de Irak ilusiones semejantes aparecieron sobre el carácter universal de la sensibilidad del pueblo, cuyos dirigentes

...las personas con ingresos elevados y medios atribuyen el hecho de ganar bien sus vidas al mérito de su trabajo, mientras que aquellos que viven en la pobreza no establecen, en promedio, una relación entre mérito y ganancia, sino entre ganancia y necesidad ...

eran en principio únicamente combatidos. La guerra comenzó en 2003 y permitió congregarse a menos de veinte por ciento de la población, proporción que las torpezas y las brutalidades redujeron considerablemente durante algunos años (Desportes, 2007). La revocación se hizo con el nuevo Secretario de Estado de la defensa, Robert Gates que resumió su nueva estrategia con estas palabras “*con los Iraquíes, es necesario establecer vínculos en los cuales (el respeto por) la vergüenza y el honor cuentan mucho más que (ganar) los corazones y los espíritus*” (Desportes 2007, p. 136). Por último, algunos responsables más concientes que otros, no consideraban más al adversario como una extensión de sí.

Ilusionarse con la tecnología y ser prisionero de su propia creación técnica

Los sociólogos de la tecnología mostraron que cada innovación importante creó un halo mágico pudiendo atribuir al nuevo instrumento la solución de los problemas sin solución hasta ese momento. Desde *Imaginaires d'Internet* de Patrice Flichy (2001), pasando por *Les Sens de la technique* de Scardigli (1992), abundan ejemplos que demuestran dos momentos en la evolución de los discursos sobre los beneficios de una nueva técnica. Un primer momento en el que las aplicaciones de la innovación se calculan de un modo amplio y en el que se supone que esas aplicaciones pueden resolver verdaderas carencias antropológicas, como el hambre, la pobreza, la dificultad de desplazarse o de comunicar. En un segundo momento, la inserción de la novedad en un contexto baja las expectativas y emerge una visión más realista, limitando la capacidad de la novedad tecnológica para resolver aquello sin solución.

Abbott se preguntaba: ¿por qué tantos discursos sobre la guerra si la misma no cambia? Una parte de la respuesta es que cada novedad crearía la ilusión de alcanzar una ventaja estratégica tan importante que, a partir de ese momento, ningún enemigo querrá combatir. Pero, aun en las guerras asimétricas, los débiles logran frustrar al más fuerte, quebrar su capacidad de acción, volver más realista aquello que parece haber sido, parcialmente, una ilusión tecnicista.

Otra ilusión sería pensar que el avance tecnológico estaría limitado por los medios financieros o la voluntad política, pero para la economía evolucionista los desarrollos de la tecnología encuentran su dinamismo y sus límites adentro de los paradigmas. Ahora bien, los paradigmas favorecen ciertos modos de resolución de problemas, producen innovaciones que los adaptan o los mejoran, y excluyen otras maneras de hacer (Nelson & Winter, 1982).

Se desprende de ello que el cambio tecnológico obedece a lógicas de sendero técnico cronológicamente marcadas (Dosi, 1988). De ahí resulta una irreversibilidad potencial del planteamiento innovador: la novedad podría dar nacimiento a todo un sistema y crear un bloqueo, volviendo su transformación tan costosa que resultaría imposible realizarla. Lo que nos vincula a la durabilidad del evento según Abbott.

El debate entre militares sobre el rol que debe jugar, en la guerra, el avance técnico, toma en cuenta fenómenos semejantes: en las últimas intervenciones guerreras (Bosnia, Kosovo, Irak 1 y 2), el momento estratégico no sería el de la intervención, en el cual la superioridad técnica es el principal factor, sino el de la estabilización de la situación. En un segundo momento, el adversario más débil tiene siempre la posibilidad de evitar las ventajas de su adversario: a través de su imprevisibilidad, de la creación de eventos inesperados o aún volviéndose invisibles a los aparatos de reconocimiento sofisticados del adversario más fuerte.

El sendero de la innovación técnica y organizacional en los Estados Unidos sigue siendo sin embargo fuertemente tecnicista. Y la cuestión planteada hoy por sus críticos consiste en saber si es todavía adecuado:

“la guerra no cambia (...) la guerra de influencia, la guerra de persuasión, es independiente de la tecnología utilizada. La tecnología cambia las maneras de la guerra, no la guerra. Su gramática cambia, pero no su lógica” (Desportes, 2007, pp. 169-169).

Si es necesario un ejemplo en el cual la dimensión tecnológica de una guerra se mostró perversa en la resolución de un conflicto es bien el conflicto irakí en su desarrollo desde 2003, y en otros aspectos, las operaciones actuales en Afganistán, porque no quedan dudas de que los norteamericanos planificaron y condujeron sus operaciones con la convicción de que su instrumento militar, de un nivel tecnológico sin igual, les aportaría una rápida victoria (Faugère, 2007, p. 177).

La gramática del conflicto armado sigue, por parte del adversario débil, un cierto número de reglas como el escape, el rodeo, el señuelo, los falsos parecidos, las pistas falsas, la utilización de la fricción del otro y la adaptación a la situación. Se desprende de ello que el tecnicismo es el ángulo muerto del paradigma técnico “Nos hemos enamorado tanto de los medios que los hemos concebido para una guerra ideal en la que no vemos más su endeble pertinencia para los conflictos reales”⁶.

Alimentarse de las lecciones de la Historia mirando solamente los resultados

Hubo en medio del siglo pasado una controversia entre filósofos e historiadores de la ciencia. Los primeros reprochaban a los segundos un defecto lógico: para Bachelard y sus discípulos, es necesario seguir y acompañar el planteamiento del científico. La epistemología de Bachelard invita a reencontrar el momento de confrontación entre teorías y experimentaciones de naturaleza diferente a propósito de los mismos fenómenos y a comprender de este modo cómo hemos llegado hasta el resultado que será luego divulgado por los manuales de la ciencia.

Existe una homología formal entre esta escuela francesa de Epistemología y las reflexiones sobre el uso de la Historia por los estrategas. Sabemos por ejemplo que Carnot hizo aprender de memoria las batallas del siglo XVII y XVIII al joven Bonaparte, y muchos piensan que su maestría táctica se debe a este aprendizaje libresco. Este uso recurrente, pero escrupuloso de la historia que se está haciendo, en la confusión de situaciones en las que decisiones cruciales deben adoptarse sería al origen de su maestría táctica. En un texto recientemente traducido, Clausewitz resume su punto de vista:

El estudio de la Historia de la guerra es el único con ausencia de una experiencia personal que puede proveer una representación manifiesta de la fricción de la maquinaria en su conjunto. No hay que contentarse por supuesto con los principales resultados, aún menos satisfacerse con el razonamiento de los historiadores (...) El conocimiento detallado de algunos combates es más útil que el estudio general de un gran número de campañas. Es por lo tanto más útil leer relaciones individuales y notas día a día, en lugar de libros de historia propiamente dichos (Clausewitz, 1832b, pp.72-73).

Para aprender a actuar en la incertidumbre, es necesario remontar al momento de la confusión, de la conjetura, comprender por qué un razonamiento ha triunfado sobre otros y, una vez tomada la decisión, cómo se aplicó, si lo fue de manera obstinada o pragmática. Y extraer de ello lecciones para el futuro.

Pensar de manera *booleana*

De manera recurrente, los sociólogos descubren, detrás de los discursos universalistas, grupos que buscan diferenciarse, incluso oponerse a los grupos lindantes. Para ello utilizan argumentos binarios. Pero este pensamiento dicotómico puede, como nos lo explica Kenneth Boulding (1962), declinarse en dos tipos de razonamientos: la oposición epidemiológica que refuerza la diferencia con el otro, contrastando lo normal y lo patológico, lo sano y lo degenerado, etc.; y la oposición ecológica, que admite la diferenciación, pero también la continuidad y el carácter complementario de los grupos y de las situaciones que comparten los espacios o los enunciados.

La evolución de la ciencia los hizo pasar de la primera a la segunda visión. Por ejemplo en física, el paradigma clásico fue atacado por las leyes de la termodinámica y el principio de incertidumbre. En un primer momento, los defensores de las declaraciones clásicas veían a sus adversarios como enemigos de la razón. Pero bastó que Heisenberg (1958) explique que cada declaración daba cuenta de un diferente nivel de realidad para que la paz se instale y que se adopte una visión ecológica de la relación entre las distintas declaraciones, diferentes, pero complementarias. Lo mismo se produjo en biología, en donde los partisanos de Claude Bernard y los de Darwin, los fisiologistas y los sistemáticos se querellaron durante casi un siglo hasta que la secuencia del genoma y el estudio de su evolución por saltos dieron razón a los dos enunciados, que de opuestos se volvieron complementarios (Mayr, 1988).

En historia, asistimos al mismo movimiento: el trabajo de la Escuela de los Annales mostraba la importancia de las tendencias seculares. Pero chocaba con sus colegas que observaban bifurcaciones rápidas luego de los acontecimientos. El enunciado reciente por Jacques Revel (1996) o Carlo Ginzburg (2001) sobre el carácter “hojaldrado” de la realidad histórica, según el cual cada capa corresponde a una temporalidad diferente, permite, aquí también, pasar de la epidemiología a la ecología.

Todo podría impulsar a los soldados a razonar en términos epidemiológicos ¿acaso no están allí para oponerse a los adversarios de su país usando la fuerza? Es admirable observar que, lejos de hacerlo, es la declaración ecológica la que parece imponerse. Por ejemplo el General Desportes explica por qué la guerra probable no será de tipo clásico, ya que el adversario es nómada. En ese sentido las posibilidades de que se confunda con una nación son débiles, además de que la fuerza de la más grande potencia mundial es tal que sostener un conflicto armado con ella constituye un planteamiento suicida. Sin embargo:

El mantenimiento en vigilia de la guerra clásica supone aún, y durante mucho tiempo, que se conserva la capacidad de hacerla. No es uno u otro, es uno y otro, en proporciones que convendrá definir (...) Descartar definitivamente la posibilidad de una “gran guerra” sería desconocer a la vez la historia de los hombres y la naturaleza misma de la guerra. (Desportes, 2007, p. 31)

CONCLUSIÓN

Ser sensible a lo emergente e imprevisible se volvió una prioridad en diversos campos de acción, ser sensible a indicios débiles, a eventos extraños que puedan anunciar otros más numerosos. En resumen, como lo indican Weick y Sutcliffe (2007), se trata de admitir el futuro en el presente y de aprender a administrar lo inesperado.

Abbott, desplegando sus procesos estructurales y optando por una filosofía de la flecha en el tiempo, otorga al espacio-tiempo de la acción, el presente, el estatus de un pasaje de lo que Whitehead llama concrecencia, el fenómeno según el cual cosas dispersas en el pasado

se combinan en una sola realidad en el presente, provocando así un evento inesperado. De este modo construye un modelo que renueva la sociología, que hasta él estaba ampliamente consagrada al “expost”, y por eso daba preferencia a las cadenas pesadas del pasado y a todo aquello que se encuentra ya instituido.

Su insistencia en que “el mundo es un mundo de eventos”, cuestionando la comodidad del orden repetitivo, es aplicable a múltiples actividades humanas, y entre ellas indudablemente a la guerra. En su modelo fractal de perpetuación de las oposiciones en un campo de conocimiento nos vuelve sensibles a los juegos micropolíticos de la comunidad científica así como a las tentativas, repetidas, pero a largo plazo en vano, de querer constituir una ortodoxia.

Si nos tornamos hacia el arte de la guerra y la ponemos en paralelo con la sociología de Abbott, constatamos que cada una de estas esferas del conocimiento pretendió determinar el modo en que los humanos evalúan una situación y toman decisiones de acción. Nuestra hipótesis era que el arte de la guerra, que incluye centralmente la comprensión de un contexto, su confrontación a la voluntad y la decisión de una acción en función de esta confrontación, esta en condiciones de explorar de múltiples maneras las dimensiones cognitivas abordadas por el planteamiento del profesor de Chicago.

La hipótesis no ha sido desmentida por su puesta a prueba. Efectivamente, desde Tucídides y Sun Tsu por un lado, “el mundo es un mundo de eventos” desde que el enfrentamiento armado aparece; por el otro, las tesis sobre lo que es la guerra y cómo ganarla tiene una forma fractal y se repite efectivamente, con algunos matices, de generación en generación. En tercer lugar, se recurre a la subjetividad cognitiva de los beligerantes para comprender las tomas de decisión de los vencedores y vencidos. Al “*conoce a tu enemigo como a ti mismo*” de Sun Tsu responde Laurent de Médicis en el Príncipe de Maquiavelo “*para conocer bien la naturaleza del pueblo es necesario ser príncipe, y para conocer la de los príncipes, es necesario ser pueblo*”. En resonancia con esas posiciones clásicas, pero probablemente renovándolas debido a la naturaleza cambiante del adversario, pero también probablemente de los aliados, “*es bien en la piel del adversario donde es necesario colocarse*” (Desportes, 2002, 29). Posicionamiento que hubiera sin duda gustado a Maquiavelo, él que “*veía con las manos, mientras que los otros veían con sus ojos*”. Posicionamiento que privilegia la sociología histórica de Abbott, fundada en el relato, y posicionamiento que nos conduce a un descubrimiento realizado por Evelyn Fox Keller, durante su investigación sobre la vida del Premio Nobel de Medicina, Barbara Mc. Clintock:

“Había logrado modificar, sin saber demasiado cómo, su propia manera de observar, “a reorientarse” para ver más claramente y sobre todo “integrar inmediatamente” lo que veía. (...) Había descubierto que en vez del desbarajuste inicial distinguía ahora los cromosomas sin dificultad. “Cuanto más trabajaba sobre ellos, más grandes parecían ser. (...) Era extraño, tenía la impresión de estar verdaderamente en el centro de lo que tenía allí, bajo el microscopio, la impresión de que todos estos corpúsculos eran mis amigos” (...) “A fuerza de observarlos, terminan formando parte de sí mismo. Olvidando quién se es, es lo más sorprendente en este asunto: uno pierde conciencia de sí mismo” (Fox Keller, 1988, 151-153).

BIBLIOGRAFÍA

- Abbott A.D. 2004 – *Methods of Discovery. Heuristics for the Social Sciences*. N.Y., W.W. Norton
 2003 – « Écologie Liée. A propos du système des professions » in Menger P-M. *Les professions et leurs sociologies: modèles théoriques, catégorisation, évolutions*. Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
 2001a – *Chaos of Discipline*, The University of Chicago Press.
 2001b – *Time Matters, on Theory and Method*, The University of Chicago Press.
 1988 – *The System of Professions*, The University of Chicago Press.

- Beaufre A. 1998 – *Introduction à la stratégie*, Paris, Hachette. [1963]
- Boulding K. 1962 – *Strategy and Defense, a General Theory*, N.Y. Harper & Row.
- Chaliand G. 1998 – *Les empires nomades*, de la Mongolie au Danube; Paris, Perrin.
- Clausewitz C. von 2006 – *Principes fondamentaux de stratégie militaire*, Paris, Mille et une nuits. [1832b]
- 1976 – *Notes sur la Prusse dans sa grande catastrophe, 1806*, Paris, Champ Libre. [1832c]
- 1955 – *De la guerre*, Paris, Minuit. [1832a]
- Desportes V. 2007 – *La guerre probable, penser autrement*. Paris, Economica.
- 2002 – *Décider dans l'incertitude*, Paris, Economica
- Dosi G. 1988 – “Sources, Procedures and Microeconomic Effects of Innovation” in *Journal of Economic Literature*, XXVI, n°3, pp. 1120-1171.
- Faugère J-M. 2007 – « L'impact des nouvelles technologies sur la conception et la conduite des opérations » in *Inflexions. Civils et militaires: pouvoir dire*, n° 5, janvier-mai, pp. 177-187.
- Flichy P. 2001 – *Imaginaires d'internet*, Paris, La Découverte.
- Fox-Keller E. 1988 – *L'intuition du vivant*, Paris, Usher.
- Ginzburg C. 2001 – *À distance. Neuf essais sur le point de vue en histoire*, Paris, NRF.
- Goya M. 2010 – *Res Militaris. De l'emploi des forces armées au XXI^e siècle*, Paris, Economica.
- 2008 – *Irak, les armées du chaos*, Paris, Economica.
- 2006 – « La Bataille des derniers centimètres » in *Inflexions. Civils et militaires: pouvoir dire*, n°2, février 2006, pp. 153-172.
- Heisenberg W. 1961 – *Physique et philosophie*, Paris, Albin Michel. [1958 *Physics and Philosophy. The Revolution in Modern Science*, N.Y Harper & Brothers]
- Hughes, Everett, C., 1994 – *On Work, Race and Sociological Imagination*, The University of Chicago Press.
- Lawrence T.E. 1932 – *Les sept piliers de la sagesse*, Paris, Payot. [1926]
- Mayr E. 1988 – *Histoire de la biologie*, Paris, Fayard. [1982 - *The Growth of Biological Thought. Diversity, Evolution and Inheritance*. Cambridge, Harvard U.P.]
- Mead G.H. 1938 – *The Philosophy of the Act*, The University of Chicago Press.
- 1932 – *The Philosophy of the Present*, The University of Chicago Press.
- Nelson R. & Winter S. 1982 – *An Evolutionary Theory of Economic Change*, Cambridge, Harvard U.P.
- Paxton R. O. 2004 – *L'armée de Vichy* Paris, Taillandier. [1966]
- Revel J. 1996 – *Jeux d'échelle*, Paris, Hautes études, Seuil-Gallimard.
- Scardigli V. 1992, – *Les Sens de la technique*, Paris PUF.
- Suchman L. 1987 – *Plans and Situated Actions*, Cambridge U.P.
- Whitehead A. N. 1933 – *The Adventure of Ideas*, Paris, Cerf. [1993 N.Y. Macmillan]

NOTAS

- 1 Por ejemplo en el capítulo dedicado a esta sociología realizado por Alfredo Hualde: “La sociología de las profesiones: Asignatura pendiente en América Latina” en La Garza Toledo E. (2000), *Tratado Latinoamericano de sociología del trabajo*, México, D.F.: Colmex, Flacso, UAM y Fondo de Cultura Económica
- 2 De quien no conocemos realmente las fechas de nacimiento ni de fallecimiento aunque sí que ha vivido durante los Reinos Combatientes (hacia el 500 AC).
- 3 “En el papel” porque desde la guerra de Vietnam, el Presidente de los Estados Unidos tiene la costumbre de evitar el control del Congreso sobre los gastos militares convocando a mercenarios. Durante la segunda guerra de Irak, estos últimos representaban en ciertos momentos más de un tercio de las fuerzas armadas involucradas (Goya, 2008)
- 4 “Las trayectorias podrían ser denominadas narraciones dominantes (...) una narración dominante es un proceso social de naturaleza superior que tiene la capacidad de encauzar el curso del proceso que depende de él y efectivamente de impedir que otros procesos secundarios asociados creen combinaciones que lo perturben. Este poder de coerción es el que da a las trayectorias la capacidad de ser narraciones dominantes. En contraste, los puntos de reorientación de la existencia tienen más consecuencias que las trayectorias por el hecho de que desencadenan cambios en la dirección o en los regímenes adoptados, de una manera determinante” (Abbott, 2001b, p. 248).
- 5 Los capitanes Liddell Hart y Mahan son considerados como excelentes teóricos de la estrategia, el segundo en particular para la fuerza naval.
- 6 Ralph Peters, citado por Desportes, (2007, 14.) Lugarteniente coronel jubilado, es al mismo tiempo novelista y editorialista de la *Military Review* y en la *Armed Forces Journal*. Partisano, en un primer momento de la guerra quirúrgica y de la invasión de Irak, su punto de vista se modificó rápidamente después de los hechos patentes.